

TE DIGO MÁS...

Y OTROS CUENTOS

R. FONTANARROSA



«Porque, decime vos, qué carajo tiene que ver con nosotros y con nuestras costumbres el Papá Noel. ¿Quién le dio chapa al Papá Noel? Un tipo vestido para la nieve, abrigado como para ir a la Antártida, en un trineo tirado por renos. ¡Renos, mi querido! ¿Cuándo mierda hemos visto un reno nosotros?» Al Gordo Luis lo despiden de su trabajo y queda en la ruina. Cerca de la Navidad acepta una changa para disfrazarse de Papá Noel en una tienda de electrodomésticos. Solo que Rosario no es el Polo Norte, y con un calor exacerbante el Gordo Luis termina dando un espectáculo lamentable al empezar a sudar la gota gorda. Hasta que una vecina le alcanza una jarra con una bebida fresca que parece ser limonada, pero resulta ser vino blanco...

Te digo más... es uno de los veintiséis relatos que integran este volumen. Entre ellos, *Yamamoto*, una ingenua evocación a la infancia; *Yoli de Bianchetti*, donde el rey de la galaxia Nubecula Minor se enamora de Yoli, la conductora del programa de cocina *Cocinando con Yoli* de la localidad de Casilda; *Un barrio sin guapos*, una parodia de *Hombre de la esquina rosada* de Jorge Luis Borges; y *Mamá*, uno de los cuentos más celebrados de «el Negro».

Mamá

A mi mamá le gustaba mucho el trago. No puedo decir que tomaba una barbaridad pero, a veces, cuando a la noche se acercaba a darme un beso, yo podía percibir su aliento pesado por el alcohol. Ella siempre me besaba antes de irse a dormir. Yo era chico, estoy hablando de cuando tenía ocho o nueve años. Ella se quedaba viendo televisión hasta tarde y, antes de ir a acostarse, venía y me daba un beso. Nunca dejaba de hacerlo. En la mayoría de los casos yo fingía dormir. O, si estaba dormido, habitualmente ella me despertaba sin querer porque se tropezaba contra los muebles en la semipenumbra. Tampoco podría precisar cuándo fue que ella empezó a beber con mayor asiduidad. Cuando nuestro padre vivía con nosotros, mamá casi no tomaba. En el almuerzo solía llenar su vaso con soda y luego coloreaba la soda con un chorrito mínimo de vino. Cuidadosamente, como si fuera un químico elaborando una fórmula altamente explosiva. Pero lo cierto es que, esas noches, en ocasiones, yo podía adivinar cuando se asomaba a la puerta de mi cuarto por el aliento. Me llegaba una vaharada espesa a vino común. Así y todo, me gustaba mucho que viniera a darme un beso. Además musitaba algo, como una plegaria o una bendición, que yo no llegaba a escuchar pero agradecía.

Bebía a escondidas o, al menos, no lo hacía abiertamente frente a mí. Seguía tomando el vaso de soda coloreada al mediodía, y también a la noche, pero nada más que eso. No sé si tomaría frente a Alcira, la señora que venía una vez a la semana a planchar, o en compañía de Zulema, la vecina

del segundo piso, pero al menos frente a mí conservaba cierto recato. Poco tiempo después, cuando yo regresaba de la secundaria, había ocasiones en que la encontraba tirada en el gallinero. Teníamos un gallinero que compartíamos con Zulema, en uno de los ángulos de la terraza. Varias veces la encontré a mamá tirada entre las gallinas, que la picoteaban. No era lindo de ver. Las gallinas le ensuciaban encima, o ella se ensuciaba con la caca de las gallinas y, además, se le llenaba el vestido de plumas. Yo no sabía bien qué hacer en esas ocasiones. Al principio me volvía al departamento y me hacía la leche yo solo, para no ponerla en el difícil trance de explicarme su situación. Pero una vez, enojado, la zamarree hasta despertarla. Me dijo que se había dormido sin querer mientras buscaba huevos para la noche, que el sol estaba muy lindo allí en la terraza. Pero olía espantoso y no sé dónde metía las botellas.

Compraba, recuerdo, licor de huevo al chocolate. Las borracheras con licor de huevo al chocolate son terribles, devastadoras. Había días en que amanecía verde, descompuesta, con un dolor de cabeza infernal. Me decía que había tomado una copita de licor de huevo y le había caído mal. Que el hígado le latía. Siempre recuerdo esa expresión suya, «que el hígado le latía». Era muy ocurrente para hablar, muy divertida. Pero yo veía, en el cajón de basura, cómo se acumulaban las botellas. Se escondía para beber. A veces mirábamos televisión —a ella le gustaba muchísimo el programa de Pipo Mancera— y de pronto se iba al baño. Sabía que el baño era un lugar eminentemente privado y que yo no me iba a atrever a espiarla allí, como sí lo había hecho una vez cuando ella se metió debajo de la mesa del *living* con la excusa de buscar un carretel de hilo que se le había caído. Alcé el mantel y la sorprendí con una petaca.

Me empecé a preocupar realmente cuando se tomó una botella de alcohol «Abeja», un alcohol para desinfectar lastimaduras. Mamá era increíblemente dulce conmigo. Un día yo me corté un dedo recortando figuritas, con la tijera. Des-

de chico me gustó recortar figuritas de las revistas de modas. De los «figurines» como decía ella. Me salía bastante sangre. La yema del dedo siempre sangra mucho. Ella vino corriendo con gasa y la botella de alcohol. Me puso alcohol en el dedo y después, directamente del pico del frasco, se tomó un trago. «¡Mamá!», la alerté. Mi padre nos retaba cuando nosotros bebíamos directamente del pico, aun siendo gaseosas. «Es que me ponés nerviosa», me dijo. Pero después se tomó todo lo que quedaba en el frasco. Sin embargo, no dio señales de que le hubiese caído mal ni mucho menos. Tenía bastante conducta alcohólica con el «Abeja». No así con el perfume. Un día la acompañé a una perfumería, después de ir al cine. A ella le gustaba mucho el cine, en especial las películas de piratas. Vio tres veces «Todos los hermanos eran valientes». Conozco mucha gente que ha visto tres veces una misma película. Pero ella la vio en un mismo día. Me dijo que quería comprarse un perfume. A la vendedora le pidió alguno que fuera frutado. Yo no creo que mamá tuviese un gusto refinado para los vinos. Se había hecho, lógicamente, dentro de los parámetros de la clase media. Y mi padre no pasaba de los vinos Chamaquito, Copiapó o Fuerte del Rey. Yo la veía aparecer a mamá oliendo a perfume y nunca sabía si se lo había puesto o se lo había tomado. O las dos cosas. Era difícil, sin embargo, verla dando pena o tambaleante. Se dormía con facilidad, eso sí, como en el caso con las gallinas, o se le ponía un poquito pesada la lengua, pero nada más. Podría afirmar, por ejemplo, que nunca me hizo pasar un papelón en alguna fiesta familiar. Yo detectaba un cierto cuidado, una cierta atención especial hacia ella de parte de mis tías o de abuela Alicia, como decir «Sacale la copa a Dora» o «Decile a Dora que pare», pero nada más. Algún codazo intencionado, a veces, cuando mamá preguntaba por el clericó. Eso sí, se reía con mucha facilidad cuando tomaba, lo que no dejaba de ser, por otra parte, un costado simpático de su personalidad. Admito que hubo una especie de nervio y

hasta una suerte de incomodidad en mi tío Adalberto, durante un almuerzo improvisado en casa de Chuco y Popola, cuando mamá no pudo parar de reírse en toda la sobremesa, aunque acabábamos de llegar del entierro de tía Clorinda. Pero era una mujer encantadora. En verdad encantadora. Siempre alegre, siempre dispuesta, pese a todos los problemas que vivimos y al asunto de papá, antes de que se fuera de casa. A la que no le gustaba nada el asunto era a Elenita, mi hermana. Obvié contar que tengo una hermana mayor que se llama Elena. Ella se ponía fatal cuando pasaban esas cosas, no soportaba que mamá bebiera como no lo soportaba a papá, tampoco, por otras razones. En el caso de papá creo que tenía algo de razón. Con mamá, en cambio, era excesivamente dura. Un psicólogo me dijo que mi hermana reclamaba lo que a ella le correspondía. No sé si coincido demasiado con eso. Por suerte nunca Elenita encontró a mamá tirada entre las gallinas en el gallinero. Lo que pasa es que mi hermana nunca subía a la terraza porque decía que le tenía terror a las alturas y porque aún conserva una extraña alergia a los animales con plumas. Veía un pollo y se brotaba. Si comía algo que incluyera gallina, se hinchaba como un globo. Aunque no supiera que el plato contenía gallina lo mismo se hinchaba, con lo que quiero decir que no era algo meramente psicológico. Un día tía Chuco, pobre, desconociendo este problema de Elena, le regaló una gallinita de chocolate para Pascuas, y a mi hermana la salvaron con un Decadrón. Se le había hinchado tanto la cara que parecía una japonesa. Los ojos eran dos tajos. Ella, justamente, que siempre ha presumido de tener ojos muy lindos. Pero mamá le caía muy bien a todo el mundo. En realidad, el problema de mamá no era el alcohol. Era el cigarrillo.

Fumar sí, lo hacía públicamente. En eso diría que fue una adelantada del feminismo. Una activista. Ella me contaba que fumaba desde los once años, a instancias de su padre, que tenía un puesto alto en el Ferrocarril Mitre. El pa-

dre la convidó con un cigarro de hoja, muy fuerte, justamente para que le desagradara y nunca más probara el tabaco, pero ella se envició. Había momentos en que eso sí me molestaba, porque fumaba mientras comía. Dejaba el cigarrillo —fumaba «Marvel» cortos, negros, sin filtro—, cortaba un pedazo de milanesa, por ejemplo, lo masticaba, lo tragaba, y le pegaba otra pitada al cigarrillo. Tenía el dedo índice y el anular de la mano derecha amarillos por la nicotina, casi verdes. Había veces en que mi padre le reprochaba que fumara durante la comida, agitando la mano exageradamente frente a su cara, como apartando el humo. «Es mi único vicio», decía mamá. Y en esos momentos era verdad, pues creo que ella empezó a beber vodka y ginebra después de que se marchó mi padre, sin que nadie supiera muy bien por qué. Y no pienso que mamá se lanzara a la bebida para olvidar el abandono de mi padre. Creo que, simplemente, se sintió liberada y ya pudo hacerlo sin mayores complejos ni presiones, salvo la actitud recriminatoria de Elena. Elena a veces se levantaba antes de la mesa, molesta por el humo. Se hacía la que tosía, incluso, para que no la retaran reclamándole que comiera el postre. Elena fue siempre muy dramática, muy histriónica. En casa éramos de una clase media típica. Pero de aquellos tiempos, cuando la clase media vivía bien, cómoda, tranquila. Al mediodía comíamos tres platos, por ejemplo. Una sopa de entrada, el plato fuerte y el postre, que casi siempre era fruta, o queso y dulce. Elena tosía, se levantaba y se iba. Siempre fue un poco teatral mi hermana. Para empezar a fumar, mamá aprovechaba cuando la sopa estaba bien caliente y echaba humo. Suponía que el humo de sus cigarrillos se mezclaba con el de la sopa y así se disimulaba.

Sin embargo no era abusiva. No era una persona a la que le importara muy poco lo que pasaba a su alrededor, con sus semejantes. La prueba es que se ofrecía, en ocasiones, a ir a leerles a los enfermos. El problema es que les leía sólo lo que le gustaba a ella y tuvo una agarrada muy

fuerte con un estibador que había perdido una pierna al caérsele encima una grúa portuaria, y a quien mamá insistía en leerle *Mujercitas* de Luisa M. Alcott. Digamos —para que quede claro— cuando papá y Elena insistieron con sus quejas por el hecho de que mamá fumaba en la mesa, dejó de hacerlo. Así de simple. Dejó de hacerlo. Fue cuando empezó a mascar tabaco, una costumbre que yo creía desaparecida con los últimos arrieros. Cuando compraba la fruta, mamá se traía para ella unas hojas de tabaco, las plegaba, se las metía en la boca y comenzaba a masticarlas. Es cierto, no producía humo, pero llegaba un momento en que se le escapaba un hilo de saliva marrón verdoso por la comisura de los labios, que me desagradaba mucho. Debo reconocer que siempre he sido un tipo bastante sensible. Y de chico, más.

Con el tiempo, mamá volvió a fumar. Le molestaba tener que ir a escupir al baño cada tanto, mientras masticaba tabaco, ya que, cuidadosa, no quería hacerlo frente a nosotros. Apunto que era muy obsesiva con el cuidado de la casa. Enormemente prolija, muy aficionada a los mantelitos calados, a las cortinas con encajes, a los macramés, a las puntillas. Bordaba muy bien. A mí me gustaba mirarla por las noches, acostado en su cama, escuchando en la radio el radioteatro Palmolive del Aire, mientras ella bordaba pañuelitos, masticando tabaco.

Era muy hábil para las manualidades. Después empezó a armar sus propios cigarrillos. Al terminar el almuerzo se recostaba en una reposera, en el patio, y empezaba a armar los cigarrillos. Tenía su propio papel, su propio tabaco. Era lindo mirarla mientras humedecía con saliva el borde del papel, apretaba el cilindrito como si fuera un canelón minúsculo, lo encendía, entrecerraba los ojos en tanto el humo subía. Empezó a hacer eso, es claro, cuando tuvo más tiempo, cuando ya papá se había ido y tampoco le aceptaban tanto que fuera a leerles a los enfermos. Toda una sala del Clemente Álvarez había hecho una huelga de

hambre contra su presencia. Llegaron a organizar una marcha de protesta contra mamá, un tanto injustamente, porque ella tenía la mejor de las voluntades. En esa marcha un anciano, a poco de intentar caminar, sufrió la dolorosa revelación de descubrir que le habían amputado una pierna, lo que provocó más animosidad contra mi madre. Pero a ella no le importaba demasiado. Le bastaba tenernos a mí y a mi hermana, pese a que Elena también se iría poco tiempo después, cuando mamá le tomó —le bebió, digamos— un perfume carísimo que le había regalado su primer novio, el imbécil de Gogo Santiesteban.

Por cierto, cuando se le dio por fumar toscanitos «Génova», el aliento que tenía por las noches cuando se acercaba a darme el beso de despedida, era insoportable. Es duro decirlo, pero es así. Era como si hubiesen destapado una cisterna cenagosa, con agua estancada, con aguas servidas, una mezcla de solución biliosa con aroma a animal muerto. Era feo. Con el tiempo le daban accesos de tos muy fuertes. Ella decía que era culpa de la pelusa de las bolitas de los paraísos, esos árboles que, en verdad, le han arruinado los pulmones a más de un rosarino. Y luego, años después, le echaba la culpa a ese polvillo que llegaba desde el puerto, cuando los barcos cargaban cereal, no sé cómo le llaman. Tomaba miel, entonces, para suavizarse la garganta. Comía pastillas de orozuz. O iba a buscar huevos a la terraza para mezclarlos con coñac y quitarse la carraspera, y allí es cuando yo solía encontrarla tirada en el gallinero. Tenía linda voz mamá, muy cristalina, y solía cantar una canción que hablaba de la hija de un viejito guardafaros, que era la princesita de aquella soledad. O esa otra que decía «en qué se mete, la chica del diecisiete». Pero se negaba a culpar al tabaco por su tos, cuando parecía que iba a escupir los dos pulmones a cada momento. Se le salían los ojos de las órbitas y lagrimeaba. Nunca la vi lagrimear por otra cosa a ella. Era muy alegre y ponía al mal tiempo buena cara. De inmediato mezclaba coñac con le-

che bien caliente, y decía que eso le calmaría la picazón de garganta, producida por las bolitas de paraíso. Yo sabía perfectamente que ése era un remedio para bajar la fiebre, pero ella se tomaba tres o cuatro vasos y luego me decía que se sentía mejor. Cantaba, para demostrármelo. Pero son cosas que, tarde o temprano, afectan a una persona. Tiempo después, de grande, a mamá se le habían caído dos uñas de los dedos de la mano derecha por la nicotina y al respirar se le escuchaba un crujido como el que hace un sillón de mimbre al recibir el peso de una persona. Se agitaba con facilidad y casi no podía subir los veinte escalones hasta la terraza. Sin embargo, sin embargo, yo creo que el problema de mamá no era el tabaco. Era el juego.

Ella sostenía que nunca jugaban por plata, con sus amigas, tía Eve, Zulema y las hermanitas Mendoza. Se encontraban una vez a la semana en casa de Zulema, casi siempre, y jugaban a la canasta uruguaya. Se pasaban, a veces, seis o siete horas jugando. «Es mi único vicio», decía mamá, y tal vez fuera cierto. Ella decía que el vino y el tabaco constituían, apenas, rasgos de personalidad. Lo cierto es que muchas veces desaparecían cosas de casa. Adornos, jarrones, espejos, o ropa de ella misma, y yo estoy seguro de que eso sucedía porque eran cosas que perdía en el juego con sus amigas. Reconocí, un día, un prendedor con forma de lagarto, muy lindo, verdecito, que le había regalado mi padre para el Día del Empleado Bancario, en la pechera de Marilú, una de las hermanas Mendoza. Yo no me animé a decir nada, pero mi hermana sí le preguntó y Marilú dijo que se lo habían regalado, que eran muy comunes. Que si uno en Casa Tía, por ejemplo, compraba cosas por más de un determinado valor, le regalaban uno de esos prendedores de lagarto. Era difícil de creer. Como cuando Zulema apareció con una estola, una boa símil zorro, que a mí me impresionaba de chico porque tenía la cabeza disecada del animal sacando un poco la lengua que, sin lugar a dudas, era la misma boa que había sido de mamá. Mamá

me dijo que se la había regalado a Zulema para su cumpleaños pero yo no le creí. Lo mismo pasó con la bicicleta de Elena y creo que ésa fue otra de las cosas que mi hermana no pudo digerir y la llevó a irse de la casa. Aunque, en rigor de verdad, mi hermana ya hacía mucho que había dejado de andar en bicicleta cuando sucedió aquel asunto, pero lo mismo se enojó.

Para mamá fue un golpe fuerte cuando le prohibieron la entrada al otro hospital, el Vilela. Ya en el Clemente Álvarez le impedían leerles a los enfermos, a partir de aquel problema con el portuario y más que nada cuando decidió leerle *La peste* de Camus a un grupo que estaba en terapia intensiva. Entonces optó por ir al Vilela y jugar a los naipes con los internados, para entretenerlos. Supe que eso iba por mal camino cuando volvió a casa con un papagayo enlozado, casi nuevo. Me negó que se lo hubiera ganado a un tuberculoso en una partida de monte criollo. Insistía en que se lo había regalado un viejito nefrítico que estaba enamorado de ella. Admito que, de última, se había vuelto bastante mentirosa. «Imaginativa», decía ella, riéndose de mis reproches. Porque siempre me negó que ella jugara con los enfermos por dinero. Pero solía ganarles cosas valiosas a los pobres viejos. Bastones, pijamas, radios portátiles, cosas que significaban mucho para ellos. «Me sorprende de vos —le dije un día—. Siempre fuiste una persona muy buena y amable con la gente». Se puso seria. «Son viejos enfermos, terminales algunos, indefensos», le insistí. Fue la primera vez, podría jurarlo, que percibí una arista dura en sus palabras. «Las deudas de juego se pagan», me dijo, y encendió un Avanti.

Cuando perdimos el departamento y debimos mudarnos a uno mucho más chico, fue demasiado para mí. Ella decía que mi padre y Elena ya no estaban con nosotros y que era al divino botón mantener un departamento tan grande como el de la calle Catamarca. Que a ella le costaba mucho cuidarlo, limpiarlo y arreglarlo. Pero yo sabía que

eran todas mentiras. Que había perdido el departamento en una partida de pase inglés jugando en el subsuelo del Club Náutico Avellaneda. Me fui a vivir, entonces, con Mario, un amigo. Me costó sangre porque he querido muchísimo a mi madre. Aún la quiero.

La última vez que la vi, la noté mal. No nos vemos muy a menudo. Está muy encorvada, los ojos salidos de las órbitas y su piel luce un color grisáceo arratonado. Sigue, de todos modos, siendo una persona encantadora, de risa fácil y trato jovial. La vi tan desmejorada que me tomé el atrevimiento de llamar al doctor Pruneda para preguntarle por su salud. El doctor Pruneda me tranquilizó. Me dijo que mamá está muy bien. Demasiado bien para sus vicios. Pero me dijo que el problema de ella no es el alcohol, ni el tabaco, ni el juego. Y me dio el nombre de una enfermedad. «Ninfo-manía», me dijo. Y reconozco que no quise averiguar nada más. Incluso ni siquiera le pregunté a Carlos, que está estudiando Medicina y hubiera podido explicarme. Pero él se pone como loco cuando le toco el tema de mi familia. No sé, por lo tanto, qué significa esa palabra que me dijo el médico ni quiero saberlo. Temo enterarme de que a mi madre le queda poco tiempo de vida. Y prefiero guardar en mi memoria, en el recuerdo, esa imagen que siempre he tenido de ella. Esplendorosa, vital, encantadora, cariñosa y alegre.

Apuntes iniciales sobre la hormiga pampeana

Si insisto con la descripción de la hormiga pampeana es, más que nada, a instancias de don Joaquín Igualeda, alguacil de Sevilla, quien lleva ya dos cartas apurándome con mi informe sobre este curioso ácaro pues, al parecer, está interesado en llevarlo a España con fines de reproducción. La hormiga pampeana o negra —tambutí para los nativos— es un insecto vivaz, nervioso, que tiende a agruparse formando colonias que a veces suelen llegar a tener hasta más de 14.000 individuos. No es agresiva y se la mata con facilidad pisándola con una bota. He visto, y admito que esto puede sonar inverosímil, más de 7800 de estas hormigas apretujadas sobre un carozo o hueso de damasco (fruta parecida a nuestra butifarra) sin molestarse, al parecer, por la promiscuidad ni por la incomodidad de la situación. Circula por angostísimos senderos trazados, supuestamente, por ella misma sobre la llanura y he observado individuos de esta especie que cargan hojas de yerba mate e incluso de coca —un estimulante del altiplano—, lo que me hace pensar que vienen desde muy lejos, quizás del Alto Perú, ya que otras transportan, asimismo, quenas, ruanas y trozos de cebiche. Don José Orzuelo de Vivar sostiene que el famoso Camino del Inca por donde se accede al Machu Picchu podría ser un sendero urdido por las hormigas. Tienen estos insectos dos antenas enhiestas y sus patas son, al parecer, 6 u 8. La poca precisión de mi informe en ese aspecto obedece a que son himenópteros de caminar veloz y animado,

lo que hace dificultosa su observación. Por otra parte, este tipo de hormiga, al igual que su par valenciano, la hormiga pedregosa u hormigoña, es de hábitos nocturnos, lo que hace mi labor más complicada. Con el paso del tiempo, advierto que he ido perdiendo un poco la visión y, según el médico don Felipe Madeja de Quintana, eso se debe a la lejanía de los horizontes acá en Sudamérica. La planicie permanente, en su tozudez, obliga al caminante a un constante forzar de la vista para divisar zonas remotas. No es el caso, se me ocurre, del naturalista, geógrafo y militar don Félix de Azara, de cuya capacidad visual me permito dudar grandemente, más aún luego de haber leído su último informe elevado a los Reyes donde confunde, palmariamente, un avestruz pampeano con un ceibo, árbol monocotiledóneo de corteza rugosa que se usa preferentemente para lavativas estomacales.

El avestruz, que acá recibe el nombre de ñandú o charo o bien, chabela, tiene gran similitud con la garza gaditana a la que supera, no obstante, en velocidad, sociabilidad y capacidad organizativa. Es un animal huidizo, al que se mata con facilidad pegándole con un garrote en la cabeza. No se asusta del cristiano y, recibido el golpe, muere en menos de lo que canta un gallo.

El gallo es otra especie interesante de esta tierra irredenta. Se parece al gallinazo gallego pero su voz es estentórea y su canto, formidable. Lamentablemente, se empecina en cantar al alba, lo que le ha valido su casi exterminio por parte de los indios que gustan de dormir a pata suelta hasta el mediodía. Sería interesante enviar varios de estos animales a nuestra lejana patria, pues se adaptarían fácilmente al clima ventoso de San Sebastián, por ejemplo, y valiosas plumas de la cola podrían engalanar más de una procesión festiva de la Virgen del Rocío. No habría, eso sí, que repetir el error cometido con el envío de cuatro jaguares —yaguareteces como aquí se los conoce—, envío del que se ocupara el mismo Azara en el mes de enero con la

intención de que estos magníficos felinos se reprodujeran en Pontevedra la Vieja, sin reparar en que había mandado cuatro machos, animales todos de un mismo sexo. Quiero acá, sin embargo, defender el resquebrajado prestigio de mi colega Azara aclarando que, en este caso, no creo que el error haya sido producto de su miopía. En muchas oportunidades, con estos animales, es difícil determinar su sexo y eso, en ocasiones, se consigue sólo tanteándoles las verijas o entrepiernas posteriores, gesto que el felino suele recibir con particular desagrado considerándose, quizás, ultrajado en su dignidad. He visto criollos despedazados a zarpazos por uno de estos grandes gatos ante el mínimo acto de palparles los cuartos traseros.

Quisiera comentar, aquí, de paso, cómo se combate la miopía por estas tierras incultas. Este mal se da, extrañamente, en un solo ojo, que es el que los indios charrúas fuerzan cuando apuntan, cerrando el otro, al lanzar sus flechas embebidas en fernet. Los sabios de la tribu cortan largas tiras de piel de conejo y luego, con ellas, atan las manos de los guerreros para que no puedan usar el arco nunca más. En tiendas indias he podido presenciar cómo las mujeres cortan pedazos de cactus, les quitan las púas (que suelen usar como anzuelos o para escarbarse los oídos), los muelen a palos y después los embeben en una emulsión derivada del orín del zorrino o zorrillo. Este mamífero pestilente es muy parecido a la sobrasada catalana, pero más dinámico y movedizo. Es fácil de cazar y se lo mata acertándole un buen garrotazo en el pescuezo. No obstante, ante la cercanía del peligro ni se mosquea.

La mosca es otra realidad de estas llanuras húmedas. Se me ocurre que nosotros mismos la hemos traído en nuestras barcas ya que, en su zumbido, revelan el uso intensivo de la zeta, tan castiza y tan nuestra. Las hay de distintas especies, pero una en especial es peligrosa. Se aquerencia en las casas y, por las noches, acostumbra a meterse en los oídos de los que duermen para, allí, poner sus huevos. Esto